

el asunto, que el visitador apostólico se lisongeaba ya de algun buen suceso, como lo espresó en su carta de 15 del mismo mes dirigida al Sumo Pontífice, en la que, despues de manifestar á su Santidad la buena acogida, el aprecio y los regalos que habia merecido de la generosidad del Emperador, añade, hablando del motivo de su embajada: „con respecto al punto principal que tanto interesa á vuesa Santidad, como padre universal de los cristianos, debo significar la incomparable consolacion que recibí ayer juntamente con todos los europeos en una audiencia pública. Díjome espresamente el Emperador, que *mis proposiciones le habian hecho conocer la verdad; que estaba ya terminado el negocio de nuestra santa ley sobre el que no se debia hablar mas; que concedia á mis súplicas la libre predicacion del Evangelio, y tal cual la deseaba vuesa Santidad.* Mandó despues á todos que debian echar en olvido lo pasado, y vivir en adelante con perfecta union y paz, como si todos habitasen en una misma casa. Llegó hasta lo mas íntimo de nuestro corazon la grandeza de tan señalados beneficios; dimos las mas espresivas gracias á su Magestad imperial, y deseamos, beatísimo Padre, que tan feliz nueva llegue cuanto antes á los pies del trono de vuesa Santidad.”

36. Poco duró esta alegría al vicario apostólico y á todos los cristianos del imperio. Apenas leyó y examinó el Príncipe la bula pontificia que le entregó el legado, mudó repentinamente de resolucion, y pasando de un extremo á otro, mostróse tan irritado contra los cristianos quanto se habia manifestado antes benigno é inclinado á favorecerlos. Escribió él mismo al pie de la bula,

que no convenia á sus intereses ni á los del imperio permitir á los europeos que propagasen su fe en la China; que debia prohibirles absolutamente su predicacion, y poner así fin de una vez á tantas disputas y litigios.

37. Abatido y consternado quedó el ánimo de Mr. de Mezzabarba y de todos los misioneros al oír tan imprevista y terrible mutacion del Soberano. Preveian la inminente ruina de las misiones, y gemian por tantos sudores y tanta sangre derramada inútilmente en aquellas regiones remotas, y al ver estinguidas tan bellas esperanzas. Pero en medio de los suspiros y llanto universal juzgó el sábio y prudente legado que debia tentar todos los medios de apaciguar el ánimo del Emperador: presentóle una súplica, en la que le ofrecia regresar á Roma acompañado de las personas que su Magestad imperial tuviese á bien señalar, para que fuesen testigos de su fidelidad y sinceridad en esponer al Papa sus augustas intenciones, y que entretanto suplicaba no se hiciese novedad alguna y se dejasen las cosas en el estado en que se hallaban. Esta proposicion pacificó un poco el ánimo del Príncipe, quien el primero de Marzo dió una audiencia al legado por última vez, cuyo resultado fue que no se publicaria la bula, y en efecto no fue publicada.

Empero antes de esta audiencia tuvo el vicario apostólico que sufrir innumerables injurias y malos tratamientos de toda clase de personas, habiéndose esparcido en Pekin la nueva de que el Emperador estaba irritado contra el Papa y contra su legado. Un mandarin llamado Lypincham, el mismo que habia acompañado á Mr. de Mezzabarba desde Macao á Pekin, entró un dia enfurecido



en su habitacion, y cogiéndole por la garganta (accion de sumo desprecio entre los chinos) le llenó de baldones, tratándolo de embustero y de traidor, y diciéndole: yo estoy en peligro de perder la vida por tu culpa, porque se me hace un delito de no haberme informado bastantemente sobre los motivos de tu viage; si pues debo yo perder la cabeza, quiero que mueras tú antes á mis manos. Entraron tambien los criados de otros mandarines, los que á mas de sus dicterios é invectivas, arrojaron sobre el legado las inmundicias mas sucias, maltrataron á su compañero y les hicieron sufrir todo linage de disgustos. No oia otra cosa de continuo el legado que sátiras, desprecios y atroces amenazas contra el Papa y sus bulas, contra el cardenal de Tournon, contra Mr. Maigrot y contra todos los misioneros; y aun el mismo Emperador, que era naturalmente cortés y que habia tratado siempre con particular distincion al legado, soltó su lengua al desprecio y á la irrision contra el Sumo Pontífice y contra todos los cristianos.

38. Viendo, pues, el legado que era de todo punto inútil su permanencia en la China, solicitó el permiso de tornar á Europa, y se lo concedió el Emperador, remitiéndole al mismo tiempo presentes para él, para el Rey de Portugal y para el Papa; y augurándole un viage feliz, le aseguró que protegeria siempre á los europeos. Obtenida la licencia salió el legado de Pekin el dia 3 de Marzo, y volvió á Macao, donde le fue preciso detenerse mas de seis meses. Empleó este tiempo en esforzarse á atraer al partido de la obediencia á los que no habian aun obedecido á la constitucion *Ex illa die*, y efectivamente

ganó algunos. El autor de la relacion de esta embajada, ya antes citado, acusa fuertemente á los jesuitas, les atribuye proposiciones y acciones poco creibles, y supone que ellos indispusieron á Kam-Hi contra el legado é impidieron el suceso de su mision. Como quiera que sea Mr. de Mezzabarba espidió el 4 de Noviembre de 1721, pocos dias antes de dejar á Macao, un mandato dirigido á los misioneros para exhortarles á observar las decisiones de la santa Sede, y á no abandonar bajo diversos pretestos las funciones á que se habian consagrado; pero al mismo tiempo modificaba la bula *Ex illa die* con ocho permisiones que concernian á los honores usados con respecto á Confucio, á los ascendientes y sus tablillas. Volvióse en seguida á Europa, habiendo hecho que el gobernador y el obispo de Macao le entregasen, conforme á las órdenes del Rey de Portugal, los restos del cardenal de Tournon, los que llevó consigo hasta Roma, á donde llegó en Abril de 1723.

39. El mandato de Mr. de Mezzabarba, léjos de apaciguar las turbulencias, vino á ser el objeto de nuevas disensiones, que no se terminaron hasta muchos años despues: sin embargo, estas misiones necesitaban entonces mas que nunca de union y de concordia, pues el dia 20 de Diciembre de 1722 murió el Emperador Kam-Hi, que habia mostrado casi siempre disposiciones favorables por el cristianismo. Amigo de las ciencias y de las artes, acogió en su córte á los jesuitas enviados de Europa en calidad de matemáticos y astrónomos, y la proteccion que les acordaba fue mas de una vez útil á la religion. Ellos en efecto habian obtenido edictos favorables,



habian edificado una iglesia en Pekin en el recinto mismo del palacio imperial, y levantado otras muchas en diferentes provincias: en una palabra, el cristianismo se profesaba públicamente; los obispos y demás misioneros eran reconocidos como tales; convertíase un gran número de paganos, y la fe hacia todos los dias nuevas conquistas. Estos felices progresos fueron suspendidos por el edicto de 1706, que ordenaba á todos los misioneros pasar á la córte para obtener el permiso de permanecer en la China, con la condicion de no enseñar cosa alguna contra la doctrina de Confucio ni contra los usos del imperio. Sometiéronse á esta ley cuarenta y siete misioneros, casi todos jesuitas; los demás, creyendo no poderlo hacer, se mantuvieron mas ocultos, pero no abandonaron sus misiones ni su grey. Chocaba aun á los enemigos del cristianismo la residencia de los ministros del Evangelio en la China, y el favor del Emperador no habia hecho, por decirlo así, sino aumentar el ódio de los paganos contra la fe y contra los que la predicaban. En 1711 presentó un mandarin á Kam-Hi un memorial para hacerle proscribir la religion cristiana, y aunque esta tentativa no tuvo efecto por entonces, sin embargo, por ella y por una nueva representacion de otro mandarin, pronunciaron los tribunales del imperio en 1717 sentencias contrarias á los misioneros. Mas su rigor fue moderado por el Monarca, quien se contentó con una prohibicion general de abrazar nuestra religion, y no permitió á los gobernadores de las provincias usar de vejaciones ni de violencia: pudo, pues, preverse desde la muerte de este Príncipe que

las cosas mudarian de aspecto bajo de otro Emperador.

En efecto, apenas subió al trono Yong-Tching, cuarto hijo de Kam-Hi, dejó ver sentimientos muy diferentes de los de su padre. Los mandarines, que de mucho tiempo á esta parte veian con dolor los progresos del cristianismo, comprendieron que serian apoyados, y comenzaron á encruelcerse. En la provincia de Fo-kien fue en donde estalló la tempestad: hiciéronse pesquisas contra los cristianos, demolieron las iglesias y se vieron obligados los misioneros á mantenerse ocultos cuidadosamente. Al fin de 1723 se presentaron al Emperador dos esposiciones para pedirle la destruccion del cristianismo, las que fueron apoyadas por el tribunal de ritos; y el 11 de Enero de 1724 las aprobó Yong-Tching, y ordenó que todos los europeos fuesen conducidos á la córte ó á Macao. En vano se esforzaron á evitar este golpe los jesuitas que residian en Pekin en calidad de sábios: casi por todas partes se apoderaron de las iglesias los enemigos de la religion, y las demolieron ó las destinaron á usos profanos: arrestaron á muchos misioneros y los condujeron á Canton á guisa de malhechores. Pero las vejaciones recayeron particularmente sobre una rama de la familia imperial compuesta casi toda de cristianos: irritado el Emperador al ver que los Príncipes de su sangre profesaban un culto que él queria proscribir, los desterró, despojólos de sus dignidades y les hizo sufrir toda especie de malos tratamientos. Finalmente los pusieron en calabozos, en donde pereció la mayor parte, sin que ninguno de los que se habian convertido de esta numerosa familia



procurase conservar la vida por medio de una defeccion vergonzosa. Mas adelante veremos las consecuencias de esta cruel persecucion.

40. Mientras que la Iglesia era de este modo perseguida en las estremidades de oriente , recibia algunas consolaciones en el centro y en las partes occidentales de Europa. Si el predecesor de Inocencio XIII vió con sumo placer tornar al seno de la Iglesia católica al Príncipe Federico de Sajonia , despues Rey de Polonia , al duque de Brunswich-Luneburgo y á sus tres hijas , á la Princesa de Dos-Puentes , á los patriarcas griegos de Alejandría y Antioquía , al arzobispo armenio de Nicosia y al de Damasco , parece que su largo pontificado de mas de veinte años debia procurar este dulce consuelo á su amoroso y paternal corazon. Mas á pesar del corto tiempo que reinó Inocencio , no se vió enteramente privado de esta misma satisfaccion que le proporcionó la gracia del Señor con nuevas conquistas. Habló ésta al corazon de Cristiano Ulderico , duque de Wirtemberg-Oels ; dispó las tinieblas que cegaban su entendimiento , y le hizo conocer el abismo en que se habian precipitado , cerca de dos siglos antes , sus progenitores. Dejó Ulderico las orillas del Oder y del Elba que le vieron nacer ; partió á Roma á postrarse delante del sepulcro de los Santos Apóstoles , depuso sus errores á los pies del sucesor de San Pedro ; abjuró la creencia que habia mamado con la leche , y abrazó á los ojos de Roma y de todo el mundo la fe católica , renovando en el pacífico Vaticano triunfos mas gloriosos que los que consiguiera la antigua Roma en su guerrero Capitolio.

41. Mas en este mismo tiempo se vió tambien con horror á un cristiano renunciar impiamente el nombre y herencia de discípulo de Jesucristo. Dió este horrible escándalo á la Europa el conde Claudio Alejandro de Bonneval. Nacido éste de una antigua familia del Lemosin se habia dedicado en su juventud á la carrera de las armas , y sirvió en Italia bajo las órdenes de Catinat y de Vandoma ; y hubiera obtenido sin duda los primeros grados y distinciones en el egército , si no hubiese abandonado su pátria por algunos pequeños disgustos , y pasado á servir al Emperador en 1706. El ministro Chamillard , que lo aborrecia , lo hizo condenar al año siguiente á perder la cabeza si llegaba á caer prisionero. En 1716 , habiendo el Emperador declarado la guerra al Sultan , tuvo el conde de Bonneval , juntamente con el Príncipe Eugenio , gran parte en los sucesos prósperos de Turquía , y dió brillantes pruebas de valor en la batalla de Petervaradin hallándose de mayor general. No tenia consigo en aquella famosa accion mas que doscientos hombres de su regimiento , cuando se vió repentinamente cercado de un numeroso cuerpo de genizaros. Defendióse contra ellos con suma intrepidez , hasta que fue derribado de su caballo y herido de un bote de lanza. Acuden entonces diferentes cuerpos del egército en su socorro ; desbaratan y hacen huir á los turcos ; pero en medio de tantos prodigios de firmeza , de valor y de heroísmo perecen casi todos los imperiales. Solos diez escaparon afortunadamente de la muerte , los que levantando de tierra á su general , pudieron libertarle del inminente peligro y conducirle al egército vencedor.



Perdió despues en 1720 todos sus honores, y fue condenado á un año de prision por haber hablado contra el Príncipe Eugenio y contra la marquesa de Prié, esposa del comandante general de los Paisés-Bajos. Luego que recobró su libertad, pasó al servicio de la Puerta con la esperanza de vengarse un dia, no tanto del Príncipe Eugenio, como del Emperador Cárlos VI. Habiendo llegado á Constantinopla este apóstata malvado, se hizo circuncidar, y abrazó la religion mahometana tomando el nombre de Osman. Hecho despues bajá de tres colas de Romelia, general de artillería, y finalmente tapigibachi, jamás pudo ganarse la entera confianza de la córte otomana que, si bien le llenó de títulos y honores, no le dió en el egército ningun mando de consideracion. Falleció en 1747 de edad de setenta y dos años, y á pesar de sus dignidades murió aborrecido y despreciado de los mismos musulmanes.

42. La iglesia de España, tan edificante hoy por el celo verdaderamente apostólico de sus obispos, y tan recomendable por las virtudes de sus prelados, eclesiásticos y fieles, en los últimos años del siglo diez y siete, y mas aun en los primeros del siglo diez y ocho durante las revueltas de la guerra de sucesion, decayó algun tanto de su primitivo esplendor y de la rigurosa observancia de la disciplina eclesiástica. Todo se resentia en la Península del desórden y confusion que reinaba en ella. Inundada sucesivamente de un diluvio de tropas de diferentes países, carácter y religion, ocupaba solamente sus provincias una rivalidad desoladora. Los sectarios que vinieron á buscar fortuna en tiempo de

revolucion, introdujeron con sus malos egeplos el vicio en las costumbres; y aunque no se perdió la fe entre los españoles, quedó amortiguada su antigua piedad. Era, pues, necesario dar un pronto remedio á tantos males. Algunos obispos celosos por el honor de sus propias iglesias, emprendieron desde luego corregir ciertos abusos contrarios á las sábias reglas del concilio de Trento, introducidos y sobradamente comunes en el clero inferior: pero veíanse estos prelados en la dura precision de luchar continuamente con algunos de sus súbditos, que daban el nombre de caprichos y ridiculeces á los prudentes reglamentos é insinuaciones de sus superiores; mas estos encontraban un apoyo firmísimo á su celo en la sincera é ilustrada piedad de Felipe V, quien escribió muchas cartas á este propósito á Inocencio XIII. La tardanza en recibir las contestaciones, la urgente necesidad del remedio y el temor de que se aumentase el mal, indujeron al cardenal Luis de Belluga, obispo de Cartagena, á pasar á Roma para adelantar este negocio con todo su empeño y actividad, y restablecer la disciplina eclesiástica á su antigua pureza y vigor.

Habia nacido este sábio y piadoso prelado en 1662 en la villa de Motril, arzobispado de Granada. Concluyó sus estudios en la universidad de Sevilla, donde obtuvo varias cátedras hasta que fue nombrado canónigo magistral de la iglesia de Coria. Igual dignidad desempeñó despues en la de Córdoba, donde se determinó á vivir observando las constituciones de San Felipe Neri, siendo un modelo de edificacion y piedad. Fue electo y consagrado obispo de Cartagena en 1705, en cuya



diócesis escitó la admiracion de todos, atendiendo con infatigable celo á quanto podia ser útil en lo temporal y espiritual á sus diocesanos. Fundó en la ciudad de Murcia la magnífica casa de misericordia, refugio de pobres huérfanos y desvalidos, para lo qual le hizo donacion el Rey de un vasto territorio, entonces saladar inculto situado en los confines del reino de Valencia. Allí estableció algunos colonos, y fundó las tres villas de San Felipe Neri, nuestra Señora de los Dolores y San Fulgencio. Abrió colegios y seminarios en la misma ciudad de Murcia; introdujo en ella la congregacion de San Felipe Neri, y nada omitió de quanto podia contribuir al mantenimiento de las buenas costumbres y de la disciplina, y al progreso de las ciencias eclesiásticas. En 1719, el Papa Clemente XI, espontáneamente y sin mas recomendacion que el mérito del obispo Luis Antonio de Belluga, le creó cardenal del título de Santa María Transpontina; y este benemérito español, observando siempre una conducta envidiable, digna de imitacion y de elógios, honró la púrpura romana con sus utilísimas tareas, sus virtudes y su celo.

43. Animado el Papa Inocencio XIII de los mismos sentimientos que el cardenal de Belluga, luego que fue informado por su relacion del estado de la iglesia de España, espidió la constitucion apostólica que principia *Apostolici ministerii*. Reduce en ella á veinte y siete artículos los principales puntos que debían reformarse en el clero secular y regular de la Península: de los cuales artículos unos tratan del nacimiento, edad, vocacion y costumbres de los jóvenes que querian ser admitidos

en el clero; otros pertenecian á la conducta, honestidad y estudios de los que eran ya clérigos, y otros, por fin, se dirigian á regular el egercicio del ministerio de los altares, la predicacion del Evangelio, la administracion de los sacramentos y las demás funciones sagradas. Fue espedita esta bula el 13 de Mayo de 1723, y desde el momento en que se publicó en España, principió otra vez á resplandecer el buen orden y desaparecieron todos los abusos.

El piadoso cardenal que habia promovido esta grande obra, siguió siempre distinguiéndose con todas las cualidades propias de un prelado perfecto. En 1724 renunció su obispado y fue á establecerse á Roma, donde pasó el resto de sus dias gozando de la consideracion debida á sus eminentes virtudes. Murió en Febrero de 1743, bajo el pontificado de Benedicto XIV, que le habia amado y estimado mucho, y que honró su muerte demostrando un vivo sentimiento. Dejó el cardenal de Belluga muchos escritos llenos de sabiduria y de piedad, diferentes opúsculos y memorias sobre asuntos eclesiásticos y algunos tratados de teología.

44. Cuando parece que Felipe V debia reinar con mas dulce satisfaccion, viendo á la España gozar tranquilamente los frutos de tantas fatigas y sudores, restablecidos todos los ramos de administracion, unidos sus pueblos con los lazos de la concordia y union fraternal y restaurado el esplendor de la Iglesia y monarquía; cuando parece que mas debia lisonjearle empuñar un cetro que respetaban dos mundos, entonces lo renunció por su propia voluntad, y despojándose heróicamente